

los determinan á obrar á sensibles distancias, pondrá bajo vuestros sentidos la naturaleza entera para que admireis la infinita sabiduría del Criador, derramada abundantemente en cada una de sus obras, y para que aprovecheis los inmensos tesoros que su mano pródiga colocó en este dilatado mundo para beneficio de los hombres. Con su auxilio el atrevido aeronauta hiende los aires y se remonta á las altas regiones de las nubes y de los hielos eternos; con su auxilio el intrépido navegante surca las aguas sin temor de extravirse en la inmensidad de los mares; con su auxilio ha podido el hombre arrebatarse el rayo de las nubes y obligarlo á que le sirva para facilitar sus relaciones; y con su auxilio el pacífico viajero recorre en muy pocas horas vastísimas regiones en las alas del vapor.

No falta en este Colegio quien os inculque, sin superstición ni fanatismo, los sagrados dogmas de la religión santa: quien os manifieste las fuentes de la revelación divina, que es la que hace conocer á Dios por el camino más corto, y nos descubre el secreto de la creación, que vislumbra apenas la filosofía; y quien os enseñe á concordar la fé con la razón, de tal manera, que sin ajarla ni destruirla, ella misma venga á hacer patentes las verdades reveladas. La religión es la primera de las necesidades de un pueblo, porque habiendo ella sabido hacer de la caridad un pre-

cepto y una obligación de la templanza, mantiene á los hombres enlazados con los estrechos vínculos de la justicia y de la recíproca utilidad. Es ella también de todo punto necesaria para la felicidad del individuo; pues enseñando al hombre á sus deberes con los purísimos preceptos de la moral evangélica, le da eficaces medios para que viva en paz con su conciencia, con los hombres sus hermanos y con su Criador; le alienta en sus penalidades con la esperanza de la vida futura, le endulza los últimos instantes de su precedera existencia y le guía á las regiones de la luz y de los goces sin término.

Ni careceis tampoco de quien os explique la Geografía, el arte de computar los tiempos y la Historia: conocimientos preciosos que fortalecen y adornan el espíritu de una manera tan sólida como brillante; pues la Geografía nos conduce nada ménos que á conocer este vasto globo, espléndida morada, que la potente y bienhechora mano del Eterno Hacedor sacó del oscuro seno de la nada, destinándola para habitación de los mortales; la Cronología, enumerando los días, los años y los siglos y poniendo de manifiesto la secuela de los tiempos, nos dá la llave para entrar en el caos de las edades, y la luz para distinguir las y concordarlas; y ambas ciencias son un preliminar indispensable para el utilísimo y deleitoso estudio de la historia: de la historia,

de ese testigo fiel de lo pasado, de ese consejero imparcial y sábio de los gobernantes, de ese juez inexorable de los hombres públicos, que, despojándolos de los prestigios de que estuvieron rodeados, y juzgándolos por solas sus acciones, los presenta cuales fueron para que vivan en la memoria de los hombres coronados de gloria por sus virtudes, ó cubiertos de ignominia por sus iniquidades; de esa guía segura, que sacando al hombre de los estrechos límites de su efímera existencia, lo trasportan, atravesando siglos á los más remotos tiempos, haciéndolo contemporáneo de los hombres más célebres y ciudadano de todas las naciones; de esa maestra, en fin, que, haciéndonos aprovechar la experiencia de los que nos precedieron, nos enseña á dirigir de la mejor manera nuestras acciones, pues ella es la que, como ha dicho muy bien César Cantú: *“Debe hacer redundar en provecho de los hijos la cosecha de dolores padecidos por los padres.”*

No se han limitado los cuidados que este instituto bienhechor tiene por vosotros á proporcionaros estos brillantes y variados ramos de instrucción; sino que, atento á remediar el fastidio que los estudios sérios ocasionan, y para que encontreis la doctrina al lado de la salud y del recreo, os ha establecido aquí una academia de música, otra de dibujo y un pabellón de gimnástica; y quién podrá desear

noocer la excelencia de estas artes? La música fué la que, suavizando la aspereza de las primitivas costumbres, comenzó á civilizar las sociedades nacientes: la música fué la que, reuniendo los obreros con los mágicos sonidos de la lira de Arion, hizo levantar como por encanto las murallas de Tebas: la música fué de la que el Dios de las venganzas quiso valerse para derribar con el milagroso estruendo de las trompetas de Josué los muros de Jericó; y la música es hoy la que, ya sola, ya unida á su hermana la poesía, forma las delicias de todos los pueblos, y con razón, pues ella es el lenguaje de las pasiones, que, hiriendo los sentidos, nos avasalla ántes de insinuarse en nuestras almas, despierta los sentimientos nobles de amor y de piedad, exalta el valor de los guerreros y lo lleva hasta el furor en los combates, enardece el deseo de la gloria y no hay pasión que no mueva en las almas sensibles. El dibujo, arte maravilloso de imitación y auxiliar necesarísimo de las demás artes, enseña como jugando á representar con la mayor fidelidad las obras más exquisitas, y las más grandiosas de la naturaleza. Así es como unas pocas líneas trazadas en un reducido espacio por una diestra mano, dirigida por una imaginación ardiente, engañan nuestra vista y nos hacen vagar por amenos prados, por espesos bosques, por espaciosos campos, ó por la enbra-

vecida superficie de los anchurosos mares. En la Gimnástica encontrareis entretenido y saludable ejercicio que desarrolle vuestras fuerzas físicas, que perfeccione vuestro cuerpo, que contrapesé los males que la demasiada aplicacion al estudio pudiera ocasionaros, y que os sirva de entretenimiento inocente, impidiendo á vuestra imaginacion dirigirse á mala parte, para que así llegueis á poseer, como dice Juvenal, "*una alma sana en un cuerpo sano.*"

Hé aquí lo que podeis aprender para ser buenos y útiles ciudadanos; más si aspirais á la brillante gloria de las profesiones literarias, encontrareis tambien donde poder dedicaros á las profundas y utilísimas ciencias médicas, ó á las altas é importantes que forman el dominio de la Jurisprudencia.

Aquel de entre vosotros que, dotado de un corazon sensible, sepa compadecer las miserias de sus semejantes, que tenga un entendimiento claro, inclinacion al bien, grande amor al estudio y un espíritu fuerte que lo haga á propósito para desempeñar un gravísimo y difícil ministerio, dedíquese al muy útil aunque penoso y dilatado estudio de la medicina. Desde que se inicie en esta ciencia, verá que la naturaleza comienza á abrirle sus inagotables tesoros para que de mil maneras las utilice en bien de la humanidad. La Química le dará por completo el conocimiento de la

naturaleza, que la física solamente le habia dejado ver como por encima y de una manera general: le hará penetrar en lo interior de los cuerpos, y allí le revelará las operaciones más secretas verificadas en fuerza de las leyes que presiden á la reunion y combinacion de los átomos. La Botánica pondrá á su disposicion los preciosísimos dones que nuestro amoroso Dios con mano liberal nos prodiga diariamente en el importante y ameno reino vegetal. La Farmacia le enseñará á utilizar todos los cuerpos de la naturaleza en bien de la humanidad doliente. Y los demás estudios métricos, asociados á una práctica razonada y asidua, lo harán llegar por fin á la cumbre del arte que tiene por objeto socorrer al hombre que padece. ¡Arte sublime que deriva sus deberes de las leyes más santas de la religion y de la filantropía, que tiene en su mano nada ménos que el inmenso poder de la naturaleza benéfica, y cuyo objeto único y exclusivo es derramar á manos llenas el bien por todas partes! No es de admirar que una ciencia tan eminentemente consoladora, y que más bien parece hija de la caridad que de los dolores y de las humanas miserias, haya excitado desde la más remota antigüedad la admiracion y el agradecimiento de los hombres. Así es, que, ya en los tiempos heróicos Lino y Orfeo no escasearon las mágicas armonías de la lira y los sonoros acentos de su voz en-

cantadora, celebrando el arte divino que apacigua los dolores, restituye con la salud la felicidad y los placeres, y prolonga la vida. Mas no se limitan á éstos los bienes que procura; no solamente trata de conservar al hombre físico, sino que también contribuye eficazmente á la mejora del hombre moral. ¿Qué apoyo no presta el estudio de la naturaleza y organizacion del hombre á la ciencia de la legislacion? ¿Cuánta luz no derrama la contemplacion del universo y de las leyes que lo rigen, y el estudio especial del hombre, sobre la moral? Los Esenios, aquellos filósofos tan severos que profesaban una moral tan pura y estaban ligados á sus jefes con una obediencia tan estricta que, segun refiere Josefo, solamente eran libres para compadecer al afligido y para ayudar al necesitado, cultivaban con esmero la medicina con el fin de perfeccionar las almas, conservando sanos y robustos los cuerpos. Por otra parte, bien se comprende que el no interrumpido estudio de las leyes naturales perfecciona el juicio y desenvuelve la razon; que la cultura científica, tan indispensable al médico, robustece y ensancha el entendimiento: que los riesgos y penalidades inherentes al arte de curar, el continuo trato con el dolor y la muerte, y la costumbre de ver á todos los hombres iguales bajo la ley del sufrimiento, desterrando las ilusiones, elevan el espíritu al conocimiento

de las más sublimes verdades; y que los humanitarios sentimientos de simpatía y conmiseracion que presiden á la práctica de una ciencia que es toda de amor y caridad, ennoblecen el alma y la disponen á las más bellas acciones. En vista de estas cosas, nada tiene de extraño que un estudio tan serio y filosófico haya dado al mundo en todos tiempos hombres tan eminentes en saber y en virtudes, cuando aun en medio de la oscuridad del paganismo pudo en los tiempos antiguos producir un Hipócrates de Cos y un Docles de Caristo, tan sábios, justos y benéficos, que, sin pretender honores ni recompensas, ejercian su arte, no con otro fin, sino el de hacer bien á los hombres.

Y el que haya recibido de la naturaleza un sentimiento instintivo de lo justo y de lo injusto, un juicio recto, un deseo insaciable de saber, una inteligencia clara y perspicaz, y un invariable amor á la justicia, abraza desde luego el vasto y profundo estudio de la Jurisprudencia, sin que lo arredre lo extenso del camino que tiene que recorrer, pues esta ciencia tan necesaria á la sociedad, tiene por preciosos é indispensables auxiliares á todos los conocimientos humanos. ¡Ciencia preciosa y eminente que desentraña de lo más recóndito la justicia y la iniquidad, y que señala claramente los derechos y deberes del hombre y

de las naciones! Ella robustece el brazo de sus adeptos, armándolos, ya con la egida de la razón, ó ya con la cuchilla de la ley, para que defiendan con eficacia la inocencia injustamente oprimida, ó castiguen con energía el crimen donde quiera que se encuentre: ella enseña y reduce á principios ciertos el arte difícil y peligroso de gobernar; y ella, considerando los pueblos, sus necesidades, sus condiciones y sus intereses, inicia en el arte todavía más difícil y espinoso de dictar leyes á los Estados, bajo los preceptos de la sabiduría y las invariables reglas de la justicia. El estudio de esta elevada ciencia, productora de tan indecibles beneficios, robustece la razón y da firmeza al carácter de tal manera, que en los pasados tiempos llegó á producir un hombre tan inflexible como Emilio Papiniano, que prefirió la muerte ántes que aprobar el fratricidio cometido por Caracalla: al mismo tiempo suaviza las costumbres y enardece la filantropía en tales términos, que pudo dar un consejero tan benigno como Ulpio Marcelo, que supo infundir en el ánimo de Antonino Pio esta máxima bellísima: "*Es mejor defender á un ciudadano que matar mil enemigos.*" Y por último, ella ilustra el entendimiento, rectifica el juicio y perfecciona el espíritu de tal modo, que dió al mundo sábios tan grandes como Domicio Ulpiano, y Julio Paulo, que en tiempo del emperador

Alejandro Severo ilustraron al mundo con tan bellos y sapientísimos escritos, que con justa razón han sido llamados las fuentes del derecho romano; y no se pida más, aun en las tinieblas de los siglos medios produjo hombres tan insignes por su saber y tan piadosos como un Bartulo de Sassoferrato, un Pedro Baldo de Ubaldis, y sobre todo, un D. Alfonso el sábio, esplendente lumbrera de la Jurisprudencia española.

Tales son las riquezas científicas que os ofrece, ¡oh jóvenes alumnos! este Colegio Civil, para que podáis cultivar vuestros talentos. Mas aunque véais aquí las ciencias separadas en ramos diferentes, no imaginéis que son del todo distintas y que no tienen entre sí reciprocas conexiones; por el contrario, consideradlas como procedentes de un tronco único, y tendiendo todas hácia un mismo fin, pues todas nacen de la humana inteligencia y todas al bien del hombre se dirigen. Si la debilidad de nuestro espíritu y las necesidades sociales las han separado, el genio debe reunir las y filosóficamente todas juntas abrazarlas, pues como dijo Ciceron en defeusa de Arquias: "*Todos los conocimientos humanos tienen cierto vínculo comun y como una especie de parentesco que los comprende á todos.*"

El Supremo Jefe del Estado, á quien anima un vivísimo deseo de mejorar la suerte

de los pueblos y que tanto se desvela por adelantar cuanto pueda la pública educacion, no solamente os abrió el santuario de las ciencias, no solamente ha empleado su autoridad en perfeccionar y sostener este literario instituto con el único y laudable fin de proporcionaros abundantes y seguros medios de instruccion, sino que no contento con llevar á cabo esta grande obra, aun se digna en venir á estimular en vosotros el amor de la sabiduría, repartiendo con benigna y justa mano los honrosos y merecidos premios, á los que por su irrepreensible conducta, por su laboriosidad constante, por sus adelantos científicos ó por la fineza de sus modales, se han distinguido más en el año escolar que hoy termina. ¡Ea, pues, oh jóvenes! á vosotros toca aprovechar estos grandiosos elementos, de vosotros depende únicamente procuraros las luces de la ciencia y los beneficios de la buena educacion. Si perdeis el tiempo y dejais pasar la favorable ocasion que se os presenta, vuestra será la culpa y vuestra será tambien la ignominia. Aplicios con incesante afan al estudio; que el mundo no os distraiga con sus engañosos y enervadores placeres, pues como dice Job: *“La sabiduría no se encuentra en la tierra de los que moran en delicias.”* Sed virtuosos, instruidos y benéficos, y empeñaos en adquirir tal probidad y tal sabiduría, que podais en algun tiempo llegar á ser

la salud del universo, ya que teneis la fortuna de vivir á la sombra de un gobernante sábio, que se empeña en ser á toda costa el fundamento del pueblo.—DICE.